

LOS CHICOS DEL FERROCARRIL

EDITH NESBIT

Traducción del inglés de
Cristina Sánchez-Andrade

 Siruela

Las Tres Edades

*A mi querido hijo, Paul Bland,
detrás de cuyo conocimiento del
ferrocarril se cobija confiadamente
mi ignorancia.*

EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

Al principio no eran los chicos del ferrocarril. Supongo que nunca habían pensado en trenes salvo como medio para llegar hasta Maskelyne y Cook's, el Teatro de Navidad, el Zoológico y Madame Tussauds. Eran simplemente chicos de ciudad, y vivían con su padre y con su madre en una casa corriente con fachada de ladrillo, con una vidriera de colores en la puerta delantera, un pasillo de azulejos que se conocía como el vestíbulo, un cuarto de baño con agua caliente y fría, timbres eléctricos, cristalerías, una buena cantidad de pintura blanca, y «todas las comodidades modernas», como suelen decir los agentes inmobiliarios.

Eran tres. Roberta era la mayor. Por supuesto que las madres nunca tienen hijos favoritos, pero si la madre de los chicos tuviera que optar por una, puede que fuera Roberta. Luego venía Peter, que de mayor quería ser ingeniero. La más joven era Phyllis, que tenía muy buenas intenciones.

La madre no pasaba todo su tiempo haciendo visitas aburridas a señoras aburridas, y sentándose de forma aburrida en casa a la espera de señoras aburridas que le hicieran visitas aburridas. Casi siempre estaba ahí, dispuesta a jugar con los niños y a leerles, y a ayudarlos a

hacer los deberes. Además, solía escribirles cuentos mientras estaban en el colegio, para luego leerlos en alto después de la merienda, y siempre escribía versos graciosos para los cumpleaños y para otras ocasiones importantes como el bautizo de los gatitos, la redecoración de la casa de muñecas, o el periodo en que los niños se recuperaban de las paperas.

Estos tres chicos afortunados siempre tenían todo lo que necesitaban: ropa elegante, el calor de la chimenea, un cuarto de juegos con montañas de juguetes y un papel pintado con dibujos de Mamá Ganso. Tenían una niñera buena y alegre, y un perro propio que se llamaba James. También tenían un padre que era sencillamente perfecto: nunca estaba enfadado, nunca era injusto y siempre estaba dispuesto a jugar con ellos; y por lo menos, si es que alguna vez no estaba dispuesto, siempre tenía un motivo de peso, motivo que explicaba a los niños con tanto interés y de forma tan graciosa que estos se convencían de que al padre no le quedaba otro remedio.

Pensaréis que tenían que ser muy felices. Y lo eran, pero solo supieron de qué forma cuando la preciosa vida en la Villa Edgecombe se fue al traste, y tuvieron que empezar a vivir una vida completamente distinta.

El terrible cambio llegó de manera súbita.

Era el cumpleaños de Peter –su décimo–. Entre otros regalos había un locomotora de juguete, más perfecta de lo que jamás hubierais podido imaginar. Los otros regalos tenían mucho encanto, pero la locomotora tenía más encanto que ningún otro.

El encanto duró intacto exactamente tres días. Entonces, o bien por la inexperiencia de Peter o bien por las buenas intenciones de Phyllis, bastante insistentes, o por alguna otra razón, de pronto la locomotora explotó. James se llevó un susto tan grande que salió y no volvió en todo el día. Todos los habitantes del Arca de Noé situados en el tónder se rompieron en pedazos, pero nada más se dañó, excepto la pobre locomotora y los sentimientos de Peter. Los otros

afirmaron que había llorado, pero está claro que los niños de diez años no lloran, por muy terribles que sean las tragedias que oscurecen sus destinos. Dijo que tenía los ojos rojos por culpa de un resfriado. Aunque Peter lo ignoraba cuando lo dijo, finalmente resultó ser cierto, hasta el punto de que al día siguiente tuvo que volver a la cama y guardar reposo. Mamá empezaba ya a temer que pudiera estar incubando el sarampión, cuando de repente Peter se incorporó en la cama y dijo:

–Odio las gachas. Odio el agua de hordiate. Odio el pan con leche. Me quiero levantar y comer algo *de verdad*.

–¿Y qué te gustaría? –le preguntó Mamá.

–Una empanada de pichón –contestó Peter alegremente–. Una gran empanada de pichón. Una enorme.

Así que Mamá pidió a la cocinera que hiciera una gran empanada de pichón. Se hizo la empanada. Y cuando estuvo hecha, se coció. Y cuando estuvo cocida, Peter se comió una parte. Después mejoró de su catarro. Mamá escribió un poema para entretenerlo mientras se cocía el hojaldre. Comenzaba diciendo lo desgraciado pero honorable que era Peter, y luego continuaba así:

*Una locomotora tenía
que en cuerpo y alma quería
y si hubiera tenido un deseo sobre este planeta
hubiera sido el de conservarla perfecta.*

*Un día, queridos amigos, preparaos,
pues aquí viene lo peor,
un tornillo se volvió loco muy de repente,
y la caldera estalló sin ningún recato.*

*Con el semblante demudado, del suelo la ha levantado
y a su madre se la ha entregado,
aun sin muchas esperanzas
de que aquello pueda ser arreglado.*

*Los que murieron en la vía
no parecían importarle mínimamente,
pues su locomotora valía
más que toda esa gente.*

*Y ahora comprendéis la razón
de que nuestro Peter este malo:
el alma alivia con empanada de pichón
y aplaca su dolor desmesurado.*

*Con mantas calientes se tapa
y se queda hasta tarde en la cama
a superar decidido
su miserable destino.*

*Y si sus ojos están rojos,
su catarro debe excusarlo.
Ofrecedle de empanada un trozo,
seguro que no podrá rechazarlo.*

Papá había estado fuera en el campo durante tres o cuatro días. Toda la esperanza que tenía Peter de que su locomotora dañada se arreglase, estaba ahora concentrada en su padre, ya que Papá era especialmente mañoso. Podía reparar todo tipo de cosas. A menudo había hecho de veterinario con el caballo balancín de madera; una vez le salvó la vida cuando todas las esperanzas estaban perdidas, y a la pobre criatura se la daba por desahuciada, e incluso el carpintero decía que no veía la manera de hacer nada. Y fue Papá quien recompuso la cuna de la muñeca cuando nadie más fue capaz de hacerlo; y con un poquito de pegamento y unos trozos de madera y una navaja arregló las patas de todas las bestias del Arca de Noé, así que se sujetaron con tanta fuerza como antes, si no más.

Haciendo gala de una generosidad heroica, Peter no sacó el tema de su locomotora hasta que Papá hubo cena-

do y fumado su puro de sobremesa. La generosidad había sido idea de Mamá, pero fue Peter quien la puso en práctica. Necesitó una buena dosis de paciencia, eso sí.

Por fin Mamá dijo a Papá:

–Ahora, querido, si has descansado bastante y te sientes cómodo, nos gustaría hablarte del gran accidente de ferrocarril, y pedirte consejo.

–Muy bien –contestó Papá–, ¡disparad!

Entonces Peter contó la triste historia y fue a buscar lo que quedaba de la locomotora.

–Hum... –dijo Papá, una vez hubo echado un vistazo a la locomotora con mucha atención.

Los niños contuvieron la respiración.

–¿No hay ninguna esperanza? –preguntó Peter en voz baja e intranquila.

–¿Esperanza? ¡Pues claro! Miles de ellas –dijo Papá alegremente–, pero necesitará algo más que esperanzas: un poco de apuntalamiento, digamos, o mejor dicho, soldadura, y una válvula nueva. Creo que es mejor que lo dejemos para un día lluvioso. En otras palabras, renuncio a mi sábado por la tarde para dedicarlo a esto; y todos vosotros me ayudaréis.

–¿Las chicas pueden ayudar a arreglar locomotoras? –preguntó Peter dudoso.

–Pues claro que pueden. Las chicas son tan listas como los chicos, no lo olvides. ¿Te gustaría ser maquinista, Phil?

–Siempre tendría la cara sucia, ¿verdad? –contestó Phyllis, en un tono impasible–. Y supongo que rompería algo.

–A mí me encantaría –intervino Roberta–. ¿Crees que podría serlo de mayor, Papaíto? ¿O al menos ser bombera?

–Te refieres a ser fogonera –dijo Papá mientras daba vueltas a la locomotora–. Bueno, pues si todavía quieres serlo cuando crezcas, veremos si te podemos hacer fogonera. Recuerdo cuando era pequeño que...

Justo entonces llamaron a la puerta delantera.

–¿Quién demonios será? –dijo Papá–. Está claro que la casa de un señor inglés es su castillo, pero ¡ojalá construyeran semiadosados con fosos y puentes levadizos!

Ruth, la muchacha pelirroja, entró y dijo que dos caballeros querían ver al señor.

–Les he conducido hasta la biblioteca, señor –dijo.

–Supongo que se tratará de la cuota para el homenaje del vicario –dijo Mamá–. Aunque tal vez se trate del fondo de vacaciones para el coro. Líbrate de ellos, querido. La verdad es que nos interrumpen la velada, y casi es hora de que los niños se vayan a la cama.

Pero Papá en absoluto parecía poder librarse de los señores tan rápido.

–Ojalá tuviéramos un foso y un puente –dijo Roberta–, así, cuando viniera alguien que no queremos, podríamos subir el puente y nadie más podría entrar. Supongo que, si se quedan mucho más tiempo, a Papá se le olvidará eso de cuando era niño.

Mamá intentó entretenerlos contándoles un nuevo cuento sobre una princesa de ojos verdes, pero era difícil porque podían oír las voces de Papá y de los señores en la biblioteca, y la voz de Papá sonaba más alta y distinta a aquella que empleaba normalmente con la gente que venía con asuntos de recomendaciones y fondos de vacaciones.

Entonces sonó el timbre de la biblioteca y todo el mundo respiró aliviado.

–Ya se van –anunció Phyllis–. Ha llamado para que los acompañen hasta la puerta.

Pero en lugar de acompañarlos a la puerta, Ruth apareció con gesto extraño; o eso pensaron los niños.

–Por favor, señora –dijo–, el señor quiere que vaya al estudio. Parece un muerto, señora; creo que le han dado malas noticias. Mejor sería que se preparase para lo peor, señora; quizá se trate de una muerte en la familia, un banco arruinado o...

–Gracias, Ruth –dijo Mamá suavemente–. Puedes retirarte.

Entonces Mamá fue a la biblioteca. Hubo más conversaciones. El timbre volvió a sonar y Ruth fue a buscar un coche. Los niños oyeron pisadas de botas saliendo y bajando los escalones. El coche se fue y se cerró la puerta delantera. A continuación entró Mamá. Su preciosa cara estaba tan blanca como el encaje de su cuello, y tenía los ojos grandes y brillantes. Sus labios dibujaban una fina línea de rojo pálido, muy distinta a su forma habitual.

–Es hora de irse a la cama –dijo–. Ruth os acompañará.

–Pero si nos habías prometido que nos podíamos quedar levantados hasta tarde porque había venido Papá –dijo Phyllis.

–Papá ha tenido que salir. Un asunto de negocios –dijo Mamá–. Venga, queridos míos, id de una vez.

La besaron y se fueron. Roberta se hizo la remolona para darle a Mamá un abrazo de propina y para susurrarle:

–No serían malas noticias, ¿verdad, Mami? ¿Alguien ha muerto o...?

–Nadie ha muerto, no –dijo Mamá, y casi parecía empujar a Roberta para que se fuera–. No te puedo decir nada esta noche, cariño. Vete, cariño, vete ya.

Así que Roberta se fue.

Ruth cepilló el cabello de las niñas y las ayudó a desvestirse (algo que solía hacer Mamá). Después de bajar la lámpara de gas y de dejarlas solas, se encontró con Peter, todavía vestido, esperando en las escaleras.

–Dime, Ruth, ¿qué pasa? –la interrogó.

–No me haga preguntas y así no tendré que contestarle con mentiras –respondió la pelirroja Ruth–. Pronto lo sabrá.

Más tarde esa noche, Mamá subió y besó a los tres niños mientras dormían. Roberta fue la única a la que despertó el beso, y se quedó quieta como un ratón sin decir nada.

«Si Mamá no quiere que sepamos que ha estado llorando», se dijo a sí misma mientras oía en la oscuridad

que su madre contenía el aliento, «no lo sabremos. Eso es todo».

Cuando bajaron a desayunar a la mañana siguiente, Mamá ya había salido.

–A Londres –dijo Ruth, y los dejó desayunando.

–Está ocurriendo algo horrible –anunció Peter cascando su huevo–. Ruth me dijo anoche que pronto lo descubriremos.

–¿Le preguntaste? –inquirió Roberta despectivamente.

–¡Pues claro! –exclamó Peter enfadado–. Tú podrás irte a la cama sin que te importe si Mamá está preocupada, pero yo no. Para que te enteres.

–No creo que debamos preguntar a los sirvientes cosas que Mamá no nos cuenta –dijo Roberta.

–Muy bien, Mari Sabidilla –dijo Peter–, ponte a sermonear...

–Yo no soy «sabidilla» –intervino Phyllis–, pero creo que Bobby tiene razón esta vez.

–Por supuesto. Siempre la tiene, según ella –dijo Peter.

–¡No empecéis! –gritó Roberta dejando la cucharilla del huevo–. No empecemos a ser horribles entre nosotros. Estoy segura de que está ocurriendo algo terrible. ¡No lo pongamos aún peor!

–¿Y quién ha empezado, si puede saberse? –dijo Peter.

Roberta hizo un esfuerzo y contestó:

–Yo empecé, supongo, pero...

–Pues ya está –le cortó Peter triunfante. Pero antes de irse al colegio, le dio una palmada a su hermana entre los hombros y le dijo que se animara.

Los niños volvieron a la una, para el almuerzo, pero Mamá no estaba. Tampoco estuvo a la hora de la merienda.

Eran casi las siete cuando regresó, con un aspecto tan enfermizo y cansado que los niños comprendieron que no podían preguntarle nada. Se hundió en el sillón. Phyllis le sacó las largas agujas del sombrero mientras Roberta le quitaba los guantes y Peter le desabrochaba los zapatos e iba a buscarle las suaves zapatillas aterciopeladas.

Una vez hubo tomado una taza de té, y después de que Roberta le pusiera un poco de agua de colonia en su pobre cabecita dolorida, Mamá dijo:

–Y ahora, queridos míos, quiero decir algo. Esos hombres de anoche es cierto que trajeron muy malas noticias y Papá tendrá que estar fuera durante un tiempo. Estoy muy preocupada por ello y quiero que todos me ayudéis y que no hagáis que las cosas me resulten más difíciles.

–¡Cómo podríamos! –dijo Roberta sujetando la mano de Mamá contra su cara.

–Me podéis ayudar mucho –dijo Mamá– siendo buenos, mostrándoos felices y no discutiendo cuando no estoy. –Roberta y Peter se intercambiaron miradas culpables–. Porque tendré que estar fuera bastante tiempo.

–No discutiremos. De verdad que no –dijeron todos. Y lo decían de corazón.

–Pues entonces –prosiguió Mamá–, no quiero que me hagáis preguntas acerca de este asunto, ni a mí ni a nadie.

Peter se encogió y arrastró sus botas sobre la alfombra.

–Me prometéis esto también, ¿verdad? –dijo Mamá.

–Yo sí que le pregunté a Ruth –soltó Peter de repente–. Lo siento mucho, pero lo hice.

–¿Y qué dijo?

–Dijo que lo sabría pronto.

–No es necesario que sepáis nada del tema –dijo Mamá–. Tiene que ver con los negocios. Y no entendéis de negocios, ¿verdad?

–No –dijo Roberta–. ¿Tiene algo que ver con el Gobierno? Porque Papá trabajaba en un ministerio.

–Sí –dijo Mamá–. Y ahora es hora de dormir, queridos. Y no os preocupéis. Todo se solucionará al final.

–Entonces, tú tampoco te preocupes, Mamá –dijo Phyllis–, y todos seremos buenos como angelitos.

Mamá suspiró y los besó.

–Lo primero que haremos mañana por la mañana es empezar a ser buenos –dijo Peter mientras subían.

–¿Y por qué no *ahora*? –preguntó Roberta.

–Ahora no tenemos ningún motivo por el que debamos ser buenos, tonta –respondió Peter.

–Podríamos empezar a intentar sentirnos bien –dijo Phyllis– y no insultarnos.

–¿Quién está insultándose? –preguntó Peter–. Bobbie sabe perfectamente que cuando digo «tonto» es exactamente igual que si dijera Bobbie.

–Bueno... –dijo Roberta.

–No, no quiero decir lo mismo que tú. Quiero decir que es... ¿cómo lo llama Papá?: ¡un «germeno» de cariño! Buenas noches.

Las niñas doblaron su ropa con más cuidado del habitual, la única manera de ser buenas que se les ocurrió.

–Digo que... –comenzó Phyllis alisando su mandilón– solías decir que todo era aburrido, que nunca pasaba nada como en los libros. Pues ahora ha pasado *algo*.

–Nunca quise que ocurrieran cosas que hicieran sufrir a Mamá –dijo Roberta–. Todo es sencillamente horrible.

Y durante varias semanas, todo continuó siendo sencillamente horrible.

Mamá casi siempre estaba fuera. Las comidas eran aburridas y destartaladas. La sirvienta fue despedida y la tía Emma vino de visita. La tía Emma era mucho mayor que Mamá. Se iba a ir al extranjero para ser institutriz. Estaba muy ocupada preparándose la ropa, que era muy fea y lúgubre, y siempre la tenía tirada por ahí, y la máquina de coser parecía zumbiar durante todo el día y parte de la noche. La tía Emma creía que había que tener a los niños en su sitio. Y ellos le devolvían el cumplido con creces. La idea que ellos tenían de ese «en su sitio» de la tía Emma era cualquiera en el que no estuvieran presentes. Así que la veían muy poco. Preferían la compañía de los sirvientes, que eran más divertidos. Si estaba de buen humor, la cocinera sabía entonar canciones graciosas, y la sirvienta, si daba la casualidad de que no estaba enfadada con alguno, podía imitar a una gallina que acaba de po-

ner un huevo, una botella de champán que se abre y los maullidos de dos gatos peleándose. Los sirvientes nunca contaron cuáles eran las malas noticias que aquellos señores habían traído a su padre. Pero no paraban de insinuar que podían contar mucho si quisieran, cosa que no era nada agradable.

Un día en que Peter construyó una trampa sobre la puerta del cuarto de baño, que funcionó a la perfección cuando Ruth pasó, la muchacha pelirroja lo cogió y le propinó un sopapo.

–Acabarás mal –dijo furiosa–, ¡pedazo de niño desagradable! ¡Si no aprendes a comportarte, acabarás donde tu querido padre, ya te lo digo yo!

Roberta le repitió esto a Mamá y al día siguiente Ruth fue despedida.

Luego vino la temporada en que Mamá llegaba a casa y se metía en cama durante dos días. Venía el médico y los chicos merodeaban tristemente por la casa preguntándose si el mundo se estaría terminando.

Mamá bajó una mañana a desayunar, muy pálida y con unas arrugas en la cara que antes no tenía. Sonrió de la mejor manera que pudo y dijo:

–Y ahora, mis niños, ya tenemos todo arreglado. Vamos a dejar esta casa y nos iremos a vivir al campo, a una casita blanca muy mona. Seguro que os encanta.

A esto siguió una alocada semana de guardar cosas, no solo de meter ropa en la maleta, como cuando te vas a la playa, sino también de guardar sillas y mesas, de cubrir los tableros con arpillera y de recubrir las patas con paja.

Se guardaron todo tipo de cacerolas que nunca se meten en la maleta cuando te vas a la playa. Vajilla, mantas, candelabros, alfombras, armazones de cama, sartenes e incluso guardafuegos y otros utensilios para la chimenea.

La casa parecía un almacén de muebles. Creo que a los niños les divirtió mucho. Mamá estaba muy ocupada, pero no tanto ahora como para no poder hablar con ellos, y leerles, e incluso escribir un versito para Phyllis a fin de

alegrarla cuando se cayó con un destornillador y se hizo daño en la mano.

–¿No vas a guardar esto, Mamá? –preguntó Roberta, señalando el precioso gabinete de marquetería con incrustaciones de caparazones de tortuga rojos y latón.

–No podemos llevarnoslo todo –respondió Mamá.

–Pero parece que solo nos llevamos las cosas feas –dijo Roberta.

–Nos llevamos las útiles –dijo Mamá–. Tenemos que jugar a ser «pobres» durante un tiempo, cariño mío.

Una vez guardadas todas las cosas feas y útiles, y que unos hombres con delantales verdes se las llevarán en un camión, las dos chicas y Mamá y la tía Emma durmieron en las dos habitaciones de invitados que aún conservaban todos los muebles bonitos. Ya se habían llevado todas las camas y a Peter se le preparó la suya en el sofá del salón.

–Esto es divertido –dijo escurriéndose alegremente mientras Mamá lo tapaba–. ¡Me encanta mudarme de casa! Ojalá nos mudáramos una vez al mes.

Mamá se rio.

–¡Pues a mí no me gusta! –dijo ella–. Buenas noches, mi pequeño Peter.

Cuando se giró, Roberta vio su semblante. Nunca se olvidaría de él.

–¡Oh, Mamá! –susurró para sí misma mientras se metía en la cama–, ¡qué valiente eres! ¡Cómo te quiero! Hay que ser muy valiente para reír cuando te sientes así.

Al día siguiente se llenaron cajas, cajas y más cajas. Y a última hora de la tarde, vino un coche para llevarlos a la estación.

La tía Emma fue a despedirlos. Sintieron que eran ellos quienes la despedían, y se alegraron.

–Esos pobres niñitos extranjeros que va a cuidar –susurró Phyllis–. No querría estar en su lugar por nada del mundo.

Al principio disfrutaron mirando por la ventana, pero

según se iba haciendo de noche empezaron a sentir más y más sueño. Nadie sabía cuánto tiempo habían estado en el tren cuando Mamá los despertó sacudiéndolos suavemente y diciendo:

–Despertaos, queridos. Hemos llegado.

Se despabilaron, fríos y melancólicos, y esperaron en el andén desangelado mientras sacaban su equipaje del tren. Entonces la locomotora, soplando y resoplando, se puso en marcha de nuevo y arrastró con ella los vagones. Los chicos se quedaron mirando cómo las luces de cola del último vagón desaparecían en la oscuridad.

Este era el primer tren que los chicos veían en aquella vía que, con el tiempo, llegaría a ser tan querida para ellos. No imaginaban entonces hasta qué punto amarían el ferrocarril, cuán pronto se convertiría en el centro de su nueva vida y qué novedades y cambios les reportaría. Se limitaron a temblar y a estornudar, deseando que el paseo hasta la nueva casa no fuera muy largo. La nariz de Peter estaba más fría de lo que nunca recordaba haberla tenido. El sombrero de Roberta estaba torcido y el elástico parecía más apretado que de costumbre. Los cordones de los zapatos de Phyllis se habían desatado.

–Venga –dijo Mamá–, tenemos que andar. No hay coches por aquí.

El camino estaba oscuro y lleno de barro. Los chicos tropezaron varias veces en aquella carretera llena de baches, y en una de esas Phyllis se cayó sin querer en un charco, y fue rescatada, húmeda e infeliz. No había farolas de gas por la carretera, que estaba en cuesta. El carro avanzaba a paso lento y todos seguían el crujido arenoso de sus ruedas. Según iban los ojos acostumbándose a la oscuridad, distinguieron el montón de cajas bailando débilmente delante de ellos.

Una verja larga tuvo que abrirse para que el carro pasara y a continuación la carretera discurrió cuesta abajo a través de los campos. Al rato distinguieron una cosa abultada y oscura a la derecha.

–Ahí está la casa –dijo Mamá–. Me pregunto por qué habrá cerrado las contraventanas.

–¿A quién te refieres? –preguntó Roberta.

–A la mujer que contraté para que limpiara, colocara los muebles y preparara la cena.

Había un muro bajo y árboles al otro lado.

–Ese es el jardín –dijo Mamá.

–Parece más una grasera llena de repollos negros –dijo Peter.

El carro prosiguió a lo largo del muro del jardín hasta la parte trasera de la casa, en donde chacoloteó entrando en un patio empedrado y se detuvo ante la puerta trasera.

No había luz en ninguna de las ventanas.

Todos aporrearon la puerta pero nadie acudió.

El hombre que conducía el carro dijo que suponía que la señora Viney se había marchado.

–Es que su tren llegó tan tarde... –dijo.

–Pero tiene la llave –dijo Mamá–. ¿Qué vamos a hacer?

–Oh, la habrá dejado debajo del peldaño de la puerta –dijo el carretero–. La gente hace eso por aquí. –Tomó la lámpara del carro y se agachó.

–Ah, como le decía, aquí está –dijo.

Abrió la puerta con la llave, entró y puso su lámpara sobre la mesa.

–¿Tiene usted una vela? –preguntó.

–No sé dónde están las cosas. –Mamá hablaba con menos entusiasmo que de costumbre.

El hombre encendió una cerilla. Había una vela sobre la mesa y la encendió. A la luz escasa y trémula, los chicos distinguieron una cocina grande y desnuda con suelo de piedra. No había cortinas ni alfombra. La mesa de la cocina de su casa estaba en medio de la habitación. Las sillas estaban en una esquina y los cacharros, las sartenes, las escobas y la vajilla en otra. No había fuego, y la negra chimenea tenía el aspecto de estar fría, con las cenizas apagadas.

Cuando el carretero se giró para marcharse, después de meter las cajas, se oyó un sonido susurrante, un corre-

teo que parecía provenir del interior de las paredes de la casa.

–Oh, ¿qué es eso? –chillaron las niñas.

–Son solo ratas –dijo el carretero. Salió cerrando la puerta, y la súbita corriente apagó la vela.

–Ay, madre –dijo Phyllis–. ¡Ojalá no hubiéramos venido! –Y tiró una silla.

–*Solo* ratas –dijo Peter en la oscuridad.